

parte; y por un fenómeno muy extraño en aquel clima, el cielo se cubrió de nubes y se oyeron truenos. Los Musulmanes espantados piden perdon: « Ha pasado la hora de la clemencia, contestó Bonaparte; habeis empezado, á mí me toca acabar. » Al mismo tiempo, dió la señal á las baterías que acribillaron á la gran mezquita, cuyas puertas fueron derribadas á hachazos, quedando los rebeldes abandonados al furor de los Franceses que tenian que vengar á sus camaradas cobardemente asesinados. Cada soldado sabia que ya no existian navíos para salir de Egipto, de manera que miraban la venganza como un castigo político. Sin embargo despues de esta terrible ejecucion, el general en gefe procuró conocer á los principales instigadores de la conspiracion. Algunos Cheikcs, varios Turcos y Egiptios fueron sentenciados á muerte, y con el fin de castigar á todos los habitantes, Bonaparte quitó al Divan que fue reemplazado por un gobierno militar, é impuso una contribucion extraordinaria. Se publicó en todas las ciudades una proclama que impugnaba al firman del gran Señor como calumnioso y supuesto: « Cesad, decia, de fundar

» vuestras esperanzas sobre Ibrahim y Mourad, y poned vuestra confianza en el que dispone á su alvedrio de los imperios, y que ha creado á los humanos. El mas religioso de los profetas ha dicho: *La sedicion está dormida, maldito sea el que la despertará.* » En efecto, la sedicion no despertó mas en el Cairo, durante la permanencia de Bonaparte en el Egipto. El castigo fue riguroso; pero la responsabilidad de Bonaparte era inmensa para con la patria y cuarenta mil familias francesas. El desastre de Aboukir daba el carácter de ley necesaria, aunque horrorosa, á esta responsabilidad.

Libre del peligro, con la sumision total del Cairo y del Egipto inferior, así como por los tratados de los Arabes beduinos, Bonaparte se propuso ir á resolver en Suez el problema de la union del mar Rojo con el Mediterráneo, y de buscar los restos de aquel famoso canal que recibió su nombre de Sesostris. Los recuerdos gigantescos del poder de los primeros reyes de Egipto, no podian dormir en el seno de un hombre que, al estipular un tratado de paz en una pequeña villa del Friul veneciano, habia soñado la invasion de la India

por el golfo arábigo. Bonaparte quiso verificar con sus propios ojos las relaciones de la historia; pero, siempre hábil y lleno de prevision, procuró, antes de salir para Suez, no dejar tras sí ningun rastro de la rebelion á quien acababa de castigar, y en señal de reconciliacion, volvió al pueblo del Cairo su Divan nacional; eligió para formarlo á sesenta vecinos y quitó el gobierno militar. Bonaparte preparó su expedicion, no como general en gefe, sino como individuo de los Institutos de Egipto y de Francia. Fueron con él sus compañeros Berthollet, Monge, Dutertre, Costaz, Lepere y Cafarelli, elegidos en las cuatro clases. Los generales Berthier y Darmain mandaban la vanguardia, que constaba de trescientos hombres. Despues de haber andado tres dias en el desierto, Bonaparte llegó á Suez, registró la costa, mandó completar las obras de la plaza, pasó el mar Rojo y fue á reconocer en Arabia las fuentes de Moyses. A la vuelta, habiendo sido sorprendido por la noche y por la maréa montante, se vió en peligro de ser sumergido, si uno de sus guias no le hubiese cogido y puesto sobre sus hombros. Sin este socorro parecia como el Faraon de la Biblia, circunstancia que

hubiera dado motivo á las declamaciones. Al dia siguiente de su llegada, estableció en Suez una nueva aduana mas favorable al comercio con los Arabes, aprovechando la ocasion de dar aviso de esta mudanza al Cherif de la Meka; en aquel mismo momento, una diputacion de Arabes vino á pedir la amistad de los Franceses. Bonaparte se ocupó mucho en negocios administrativos durante su estancia en Suez. El comercio de la India fijaba particularmente su atencion. Titubeaba entre los Musulmanes y los Vechabitas que son los luteranos del Islamismo. Manifestaba un interes bastante vivo para con esos nuevos sectarios, que le parecian mas aptos á admitir relaciones políticas. Conocia la poca distancia que separa las reformas del Estado, de las del culto, y discurria con razon que los planes de los Vechabitas podian establecer una comunidad de intereses entre ellos y los Franceses.

Parseval Grandmaison, individuo del Instituto, se quedó en Suez como director de las aduanas. A dos leguas de aquella plaza, Bonaparte descubrió los restos del antiguo canal, que al cabo de cuatro leguas se pierde en la arena. Pero le bastaba haber reconocido su

existencia, aunque su destino no haya sido recoger la sucesion de los Ptolomeos. Bonaparte queriendo conocer los dos caminos que van desde Suez, volvió por Belbeis donde estaba el cuartel del general Reynier. Entre estos dos pueblos, topó con una caravana de Arabes de Thor escoltada por unos dromedarios. La facilidad con que se manejan aquellos animales, le chocó. Se detuvo y mandó á Eugenio Beauharnais, á Eduardo Colbert, y á algunos otros jóvenes oficiales, montar sobre los dromedarios, lo que hicieron con la misma destreza que los Arabes. Desde aquel dia, resolvió tener y tuvo en efecto un regimiento de dromedarios. Estando en Belbeis supo que Djezzar Bajá de Siria habia hecho ocupar por la vanguardia de su ejército, el fuerte de 'el Arich que defiende las fronteras de Egipto, á diez leguas en el desierto. Desde luego el rompimiento entre la Francia y la Puerta Otomana, dejó de ser dudoso. Esta provocacion explicaba el firman del Gran Señor; pero Bonaparte sabia que es mejor llevar la guerra que no aguardarla.

La expedicion de Siria fue resuelta. Salió al instante para el Cairo y entró en Salahieh;

puso en movimiento á la division de Reynier, que debia ser su vanguardia en Siria como lo era en el desierto, y en llegando al Cairo mandó á diez mil hombres prepararse para la marcha. Los generales Bon, Kleber, Lannes y Reynier mandaban la infantería, Murat la caballería, Dommartin la artillería, y Cafarelli los ingenieros. Perrée, con tres fragatas, debia cruzar delante de Jaffa y traer la artillería de batir. Entre los cañones de campaña y los de las divisiones, tenia unas cincuenta piezas. Pocos dias despues, Reynier se presentó delante de el Arich, se apoderó de la plaza destruyendo parte de sus defensores, obligando á los demas á que se retirasen al castillo; á poca distancia se encontró con los Mamelucos de Ibrahim, los atacó y se apoderó de su campamento. Los Ingleses estaban bombardeando á Alejandria para distraer á Bonaparte de su expedicion de Siria; pero adivinando el motivo de esta hostilidad, no hizo caso de ella. Llegó á el Arich al dia siguiente de la victoria de Reynier sobre los Mamelucos, siete dias despues de haber salido del Cairo. Inmediatamente mandó cañonear á una de las torres del castillo, y en menos de des dias los bárbaros

viendo la brecha abierta, capitularon; parte de ellos se alistaron en el ejército francés que volvió á ponerse en camino.

Se anduvieron cincuenta leguas en el desierto. Bonaparte se vió en peligro de ser cogido prisionero en el lugar de Kayoncia, entre el Arich y Gaza, donde hay agua para beber. El ejército estaba extraviado. Kleber que marchaba á la cabeza fue engañado por sus guías. Bonaparte seguía el verdadero camino con unos cincuenta hombres, entre oficiales y soldados, y al acercarse del lugar fue acometido por el fuego de los Mamelucos de Ibrahim. Se detuvo y descubrió con el auxilio de su antejo, una partida de mil y quinientos caballos. Felizmente anocheció. Bonaparte mandó volver atrás y el enemigo que creyó que tenía delante solamente á un corto destacamento, no hizo muchos esfuerzos; á cuatro leguas atrás, Bonaparte halló á Bessieres con el cuartel general, y durante la noche Kleber volvió á reunirse. A la mañana siguiente, los Franceses tuvieron el gusto de ver las montañas hermosas de la Siria, y las llanuras de la antigua Gaza que les recordaron el suelo de la patria. Gaza, que ya no tiene puertas, fue abandonado

por los soldados de Djezzar, y envió una diputacion al general en gefe. Allí el ejército olvidó todas sus privaciones. Se pasaron dos dias descansando y tomando medidas de organizacion local. Tres dias despues, el ejército llegó delante de Jaffa antiguamente Joppé, famosa en la historia maravillosa de los hijos de Israel. La ciudad estaba defendida por unas fuerzas imponentes y por unas altas murallas guarnecidas de torres. Djezzar habia formado la guarnicion de Jaffa de tropas escogidas, que tenían una artillería numerosa servida por mil y doscientos artilleros turcos. La importancia de aquella plaza, que ofrece un puerto para la escuadra, y que es la llave de los Estados del Bajá, no permitió retardar el sitio. Al cabo de tres dias el cerco estuvo puesto y la trinchera abierta. El bombardeo empezó y luego la brecha pudo practicarse; Bonaparte envió á un Turco para intimar la rendicion al comandante de Jaffa, cuya respuesta fue cortar la cabeza al parlamentario y mandar hacer una salida. Pero no le fue favorable y la misma tarde nuestra artillería derribó una torre. Se señaló inmediatamente el punto donde debia intentarse el asalto, cuando de repente se ofre-

ció á los soldados un espectáculo que los conmovió. Todos los cristianos que estaban en la ciudad lograron escaparse , y teniendo un crucifijo entre las manos , se abalanzaron á las filas de nuestros soldados , gritando *cristian, cristian*, fueron acogidos como unos hermanos. Despues de este lance , el ataque contra los infieles volvió á empezar con un nuevo vigor , y su resistencia obstinada no pudo salvar ni á ellos ni á la ciudad , que fue tomada á viva fuerza. El degüello fue general ; nada pudo templar la furia del vencedor durante dos dias y dos noches ; la espada exterminadora destruyó todo cuanto habia resistido en Jaffa. El furor dió la muerte , y la muerte dió el contagio. En Jaffa , tuvo lugar uno de aquellos sacrificios á un dios bárbaro , á este dios desconocido á quien los conquistadores dan el nombre de necesidad. Unos mil desgraciados , los mas comprendidos en la capitulacion de el Arich , fueron pasados por las armas. La historia transmite , sin explicacion , la memoria de este degüello a la posteridad. Pero ofrecerá como documento la proclama de Bonaparte á los habitantes del Cairo á su vuelta de Siria. Allí está el testimonio , sin justificacion , de la des-

truccion de los prisioneros de Jaffa. Los Egipcios y Mamelucos , que se hallaban entre ellos , fueron enviados á Egipto , bajo la escolta de un destacamento de dromedarios.

Antes de salir de Jaffa , Bonaparte estableció un divan , una guarnicion , y un grande hospital. Algunos síntomas de peste se habian manifestado ; varios soldados de la 32ª media brigada cayeron enfermos de aquel mal terrible , y un informe de los generales Bon y Rampon alarmó seriamente al general en gefe. Entonces fue cuando se abrió en Jaffa el hospital de los apestados y tuvo lugar aquella escena que inspiró una obra maestra al pincel de M. Gros. Bonaparte entró en todas las salas , acompañado por los generales Berthier y Bessieres , por el ordenador Daure y el médico en gefe Desgenettes. El general habló á los enfermos , los animó , tocó sus llagas , diciéndoles : « Bien » veis que esto no es nada. » Al salir del hospital , se le reprochó con vivacidad su imprudencia ; contestó serenamente : « Era mi deber ; soy » el general en gefe. » Esta visita y la generosidad de Desgenettes que , inoculándose la peste , se curaba con los mismos remedios que mandaba dar á los soldados , animaron al ejér-

cito, que se habia alterado con la invasion de esta temible enfermedad, y desde aquel momento todos los hospitales sin distincion tuvieron el mismo régimen.

El ejército se dirigió sobre San Juan de Acra. En su marcha rápida y ejecutada con habilidad, se apoderó de todos los puestos de los numerosos enemigos que le atacaron, pero no pudo triunfar de todos los obstáculos; tuvo una accion muy reñida con los Napolitanos, en que estos últimos quedaron vencidos. Nuestras tropas fueron rechazadas y perdimos al gefe de brigada Barthelemy que fue muerto. Era la segunda vez que los Franceses no podian vencer á los Napolitanos; durante el sitio de Jaffa el general Damas habia intentado reconocer sus montañas, pero tuvo un brazo quebrado y perdió mucha gente. En las llanuras, los habitantes de Naplosa, como los pueblos á quienes la táctica está desconocida, tenian que ceder á la disciplina europea. No sabian hacer la guerra, pero sabian defender sus hogares con las fortificaciones que la naturaleza les habia dado. Entretanto Kleber, Lannes, Murat, Junot, Reynier competian en valor y en talento, á quien seguiria mejor las inspiraciones

audaces y las combinaciones profundas del general en gefe. La toma de la plaza importante de Caiffa, en donde el ejército halló municiones y provisiones de toda clase, formó un preludio glorioso á los trabajos del sitio de San Juan de Acra, á la conquista de los castillos de Sef-fet, de Nazareth, de la ciudad de Sour (Tiro) á los combates de Loubi, de Sedjarra, y á la célebre batalla del Montabor.

En esta memorable campaña de Siria, todo lleva el carácter oriental; todo es grande: el peligro, la resistencia, el ataque, la venganza, la barbarie. Sesenta dias han visto el valor frances derribar en vano las murallas de San Juan de Acra. Bonaparte, hecho mas obstinado en sus designios, por la resistencia del enemigo, comunicaba sus sentimientos de resolucion á unas legiones, á quienes los Romanos hubieran llamado invictas. Lo eran en efecto, pero cada dia daba mas inminencia al peligro y hacia mas urgente la toma de la plaza. Los firmanes del Gran Señor habian sublevado las poblaciones de parte del Asia; bajaban de las montañas y acudian desde Bagdad, de Damas, de las orillas del Eufrates, para destruir á los infieles. Las escuadras turcas cubrian el mar

y llevaban á un ejército que venia á socorrer á la Siria. Otro ejército se estaba reuniendo en Rhodas para reconquistar el Egipto, en donde Mourat bey estaba defendiéndose con constancia contra Desaix, mientras la insurreccion cundia en el Delta. El pabellon de la Inglaterra dirigia la tempestad marítima; era preciso apoderarse de San Juan de Acra, antes que recibiese por su puerto estos nuevos refuerzos. Pero nos faltaba la artillería de batir, que habiendo sido cogida por la cruzera inglesa con nuestra escuadrilla, servia para defender las murallas de la ciudad; los dos asaltos intentados habian dado á conocer cuan fuertes eran las obras que la defendian, y Djezzar, para segundar los movimientos del grande ejército de Damas, mandó hacer una salida general contra el campamento de Bonaparte. Las tripulaciones y la artillería de los navíos ingleses ayudaban á los sitiados en sus salidas y aun las dirigian. La presencia de Bonaparte y el ímpetu de nuestros batallones bastaron para rechazar dentro de la plaza á los agresores, y la artillería europea de los Musulmanes solo sirvió para dar á los Franceses mas confianza en su superioridad.

Despues de esta victoria, Bonaparte salió para Montabor. Desde las alturas que dominan las llanuras de Fouli, descubrió al ilustre Kleber que atrincherado entre las ruinas, con dos mil hombres, desafiaba á los veinte mil que le rodeaban. En un momento, Bonaparte concibió el plan de aquella batalla célebre del Montabor. Envió á Murat con su caballería para guardar el paso del Jordano, Vial y Rampon se dirigieron sobre Naplosa y él se puso entre los enemigos y sus almacenes. Dividió su pequeña division en dos cuadros, por cuya direccion combinada con la posicion de Kleber, encerró á los Turcos en el centro de un triángulo. Al momento de atacar hizo disparar un cañonazo. « Ahí está Bonaparte; » exclamaron los Franceses. Kleber, que habia peleado contra todas las fuerzas enemigas desde las seis de la mañana hasta la una, aprovechó el entusiasmo excitado por el nombre del general en gefe, y tomó inmediatamente la ofensiva con un nuevo vigor. El ejército de Damas acometido de repente por todas partes, cortado en su retirada, perdió cinco mil hombres, sus camellos, sus tiendas y sus provisiones. La gloria y la abundancia pasaron á nuestras filas. En